

labor que este Ateneo se propone y los fines que persigue. Cuenta la historia de Cortés desde sus primeros años; enaltece sus hazañas que consisten en saber mandar y guardar el mando. Hace elogio de las muchas riquezas que poseía antes el país de México y la codicia que proporcionaba el oro allí amontonado. Después de realizar grandes proezas de valor en varias luchas y conquistas de Ciudades y fortalezas, explica las grandes comodidades y riquezas que encontraban a su paso.

Terminó el orador dando gracias a la concurrencia, por su benévola acogida y suplicando le dispensen por su modestísima obra, que como *novel* no tiene las condiciones físicas e intelectuales que un buen orador.

Fué muy aplaudido el señor Cuesta al terminar su elocuente disertación.

El viernes 2 de marzo, tendremos el gusto de admirar al aventajado estudiante de sexto curso, D. Cayo Conversa Muñoz.

EL AVARO

Esclavo de la codicia,
amarillo como el oro
que en su entusiasmo acaricia,
sin más ley que la avaricia,
sin más Dios que su tesoro:

El avaro, horrible ser
cuyo corazón mezquino
yace cerrado al placer,
y a quien, sin dula, al nacer
maldijo airado el destino.

Si, que idólatra malvado
de su egoísmo insaciable,
vive de todos odiado,
y en medio del mundo, aislado,
y entre el oro, miserable.

Sólo atiende su afición
del oro al eco sonoro;
y en continua agitación,
le tortura el corazón
la guarda de su tesoro.

Sobre la cama haraposada
do taimado le recata,
sueña en la noche medrosa
mirar la mano alevosa
que airada se lo arrebatara.

Brota entonces de su pecho
un grito ronco y ahogado:
cobarde, tiembla en su lecho,
y le oprime en lazo estrecho
contra su seno agitado.

E inmóvil, mudo, encogido
y afanado en ocultar
el aliento comprimido,
hasta le acobarda el ruido
de su tardo respirar.

En vano el pobre a su puerta
llamará con débil mano;

que a la piedad su alma muerta,
no le obliga ni despierta
del triste el dolor insano.

Nunca en su pecho avariento
ni en su corazón cruel
halló la piedad asiento,
ni hay fibra sensible en él
para un puro sentimiento.

Ni al que con lólo llora
amparo da ni sostén,
ni sabe el bien que atesora
la alegría de hacer bien
al que por piedad le implora.

No, que en su delirio insano
y encarnado su albedrío
en su tesoro villano,
llama necio desvario
cualquier sentimiento humano.

¡Ah!, huid su presencia odiosa
que mancha su planta vil
el camino en que se posa,
como la baba asquerosa
del ponzoñoso reptil.

¡Baldón sobre la memoria
del avariento que, inmundo
y encenagado en la escoria,
no cambia el oro del mundo
por un átomo de gloria!

¡Baldón sobre el alma impía
que en el oro se gloria;
y, en su avaro frenesí,
no comprendo la alegría
que encierra el amor en sí!

Si, maldición sobre el ser
cuyo corazón mezquino
yace cerrado al placer,
y a quien, sin dula, al nacer
maldijo airado el destino.

R. DE A.

Al caer de la tarde

I

Mi cuerpo peregrino, fatigado con el peso de sus dolores, sigue por el largo camino interminable. Como el judío errante, anda y anda sin descanso. No vislumbra el término de su jornada cruel, ni encuentra en la espantosa soledad de su desamparo ningún compañero de viaje que le diga consuelos y aliente su esperanza con palabras fraternales de cariño.

La vereda triste, sombría y tortuosa está orillada por malezas y zarzas. Su luz es opaca y fría; sus horizontes, cerrados y negros. Cansada y gemidora, el alma errabunda quiere reposar y no puede. El apoyo que busca en los lados del camino, no contentos con tanta amargura, la desgarran, y por las roturas brutales salta la sangre doliente en lágrimas rojas encendidas, que prenden en los espinos como vivas amapolas encarnadas.

En el perpetuo atardecer gris y monótono, todo parece ambicionar un término.

Huela la soledad de páramo, atemoriza el silencio de sepultura, oprime el peso del aire, parado y asfixiante.

Sin guía ni esperanza, abiertas las heridas del dolor, recibiendo las zarpadas de la ingratitud, llorando las punzaduras de la maldad, mi pobre cuerpo, mi alma buena, siguen adelante por la cuesta empinada de la vida.

No ven el humo azul de un hogar amigo; no encuentran la gallarda silueta de la alta torre vocinglera que remata la casa de Dios. Nada ni nadie. Les molesta el villano ropaje de la hipocresía, se despojaron de él soltando sus ligaduras infernales y el temor ajeno les condenó al abandono.

Y el alma desesperada sigue, sigue perenne con un anhelar eterno, con una ilusión que no llega, con un afán que no se logra... Anda, anda, y las piedras del camino hienden la carne rosácea de sus pies...

II

—¿A dónde vas, viajero?

—No sé. Camino sin rumbo. Con la esperanza en el pecho, y la perversidad ajena por pesadumbre, voy buscando algo que no encuentro nunca. Alimento del alma, paz del corazón inquieto, satisfacción del pensamiento irrefrenable...

—¿Y tú?—¿Qué buscas, tú que saltas a mi camino como una aparición celeste, bella en tu forma, gallarda en tu figura, altiva en tu ademán, como una dama de los tiempos medioevales?

—Busco como tú, consuelo a mi padre.

—¿Sufres?

—¡Lloro! Mis lágrimas resbalan locas por mi pecho triste, y caen al suelo, y quedan redondas como cristales de rocío.

—¿Como perlas, dirás!

—Como perlas, si quieres. Pero lloro mucho, y mis ojos enrojecen y mi corazón se altera en la cárcel del pecho, y muero sola, ensimismada, sin más compañero que mi pesar.

—¿Qué te ocurrió, niña, que así es de plañidero tu acento y de amargo tu decir?

—Que soñé mucho.

—¡Pobre! ¿Soñastes!...

—Soñé con grandes castillos almenados, con lagos verdes, con gacelas blancas. Soñé con bellos pajes rubios y troveros apasionados que encadenaban su inspiración con el compás de músicas dulces. Soñé con cuentos de hadas que adormecían mis noches de pequeñuela, y con cuentos medrosos que empavorecían mi espíritu niño.

Soñé... pero qué importa, si mi sueño como sueño, es quimera, irrealdad y fantasía. Si no he de lograrlo. Si no ha de interesarte...

—Sigue, belle niña, sigue. No nubles el claro cristal de tus ojos negros, con lá-